

El discurso medieval en los libros de viajes

EUGENIA POPEANGA

El término de «discurso», aunque de larga tradición histórico-teórica, nos aparece como de difícil definición. Se trata de un término controvertido, caballo de batalla de muchas investigaciones de tipo lingüístico, literario, psicológico y socio-cultural. Finalmente, parece que el manto engañoso y globalizador de la semiótica lo arropa, como a muchos otros conceptos parecidos; partiremos, pues, en nuestro trabajo de la consideración del discurso como un acto de comunicación complejo y completo que comporta en sus aspectos pragmáticos tanto el diálogo cotidiano como el discurso literario, siendo el último objeto de nuestra investigación.

A la hora de clasificar el discurso un buen punto de partida podría ser el intento de precisar sus funciones lingüísticas; para esto nos acogemos a las teorías de Bühler y R. Jakobson que asignan al discurso una *función referencial* orientada hacia el contexto en que ocurre la comunicación, una *función expresiva y emotiva* que se centra en el emisor y expresa una actitud respecto al contenido del mensaje; una *función conativa* orientada hacia el destinatario y que procura influirle; una *función metalingüística* que sirve para verificar la posesión común del código por parte de los interlocutores; una *función poética* concentrada en el mensaje; una *función fática*, que establece, mantiene e interrumpe el contacto. Nuestro análisis del discurso medieval tendrá, pues, en cuenta este abanico de funciones, por un lado, por otro intentará determinar cuáles son las funciones preponderantes en determinados momentos históricos que marcan el desarrollo del discurso. Asimismo la conjugación de estas funciones nos pone de relieve, desde dentro, ciertas características de los géneros literarios, pero sobre todo nos puede ayudar a determinar las características de nuestro objeto de trabajo: los libros de viajes. Cesare Segre comenta: «el ámbito en que el recurso a las funciones puede resultar convincente es, sobre todo, el de ciertos discursos fronterizos. Pienso en la oratoria, en que el elemento conativo se halla corroborado por la función poética, o en los libros de viajes y reportajes en los que la función referencial se apoya eventualmente en la poética» (Principios de análisis del texto literario, Ariel, Barcelona, 1985, p.).

Sin ampliar más estas consideraciones de índole teórica, pasemos a ver cómo se configura el discurso en el mundo medieval, entendiendo este mundo como un sistema cultural altamente comunicativo, de tipo simbólico, en que los discursos se desarrollan sobre un modelo virtual común con múltiples variantes. La unidad nuclear en torno a la cual se amplía el discurso es de tipo narrativo. En los múltiples procesos de comunicación que retextualizados han llegado hasta nosotros, el hombre medieval realiza el esfuerzo constante de contar cosas, esfuerzo que da

lugar a la *fábula* (hablando en términos de la narratología). La conjugación de las funciones antes mencionadas le ha encaminado hacia el acto de narrar —acto primordial— que a su vez desarrolla discursos propios. Entendida ya la *fábula* como elemento fundamental en el discurso medieval, consideramos que éste puede tener un importante carácter referencial, dado que el contexto en que aparece está altamente implicado. Pero habrá que tener en cuenta que en el mundo medieval operan dos sistemas de referencias: uno que alude a la realidad objetiva y otro que refiere a una realidad de índole signíca. La comunicación discursiva medieval puede referir a hechos pasados o a hechos pasados contados ya, textualizados y, por lo tanto, convertidos en modelo. Por otra parte, el destinatario debe poseer una doble enciclopedia: la del uso, edificada sobre elementos de «historia contemporánea» y una enciclopedia de referencia textual. No siempre el público oyente-lector poseía la doble enciclopedia; por lo tanto, la recepción del discurso era diferenciada; raras veces se daba el discurso literario puro. También relacionada con la función referencial está la característica analógica del discurso medieval, que en su construcción global debe imitar un discurso o texto modélico, en general, el discurso de las Sagradas Escrituras, imitación obligatoria que permite obviar mensajes directos; se da asimismo la analogía, no obligatoria, en cuanto a los contenidos, pero sí fuertemente anclada en lo referencial, en el discurso de las autoridades. A nivel teórico, el discurso se caracteriza por el amplio desarrollo de la anáfora, la epifora, la complexión, el poliptoton, figuras todas de la retórica clásica, que se enmarcan dentro del carácter analógico-referencial del discurso medieval. También este tipo de figuras inciden en cuanto a la función conativa, puesto que determinan la atención del público, lo obligan a significar los momentos de narratividad y facilitan la actividad de los intérpretes (directos o indirectos) que sirven muchas veces de intermediario entre el enunciado y el público. Dado que la función poética es implícita en mayor o menor grado a todo discurso considerado literario, así como también la función expresiva o emotiva, intentaremos ver cómo se caracteriza el discurso de los libros de viajes en relación con estas coordenadas básicas. Bien es sabido que se trata de unos discursos marginales o fronterizos en cuanto que por discurso literario se entiende un discurso en que resalta, sobre otras funciones, la función poética. Pero las características del discurso medieval en general nos hacen reconsiderar el género o subgénero de los libros de viajes. Se trata de discursos en que la función referencial es fundamental, puesto que lo que se cuenta-comunica representa una referencia continua a un contexto determinado; la realidad vista o percibida directamente a través de otro relato veraz y digno de confianza. Funciona, pues, el doble sistema de referencia —con una observación— hay libros de viajes que tienden hacia lo analógico, es decir, aumentan la carga referencial y desarrollan discursos laterales sobre otros elementos de tipo referencial que se configuran en la *fábula*. (Véase por ejemplo el caso del Libro de las Maravillas de Mandevilla o La Mirabilia de Jourdain de Sévérac). El semema nucleico de este tipo de discurso es la maravilla-mirabilia que organiza, por aumentación o rechazo, un sistema de elementos retóricos (comparaciones e hipérbolas). Tanto los elementos significativos como los de enlace se constituyen en cuadros intertextuales que, una vez articulados e integrados en el acto comunicativo, funcionan como «secuencias de relleno» en el trazado de la *fábula*. Se podría resaltar aquí el paralelismo entre la naturaleza y las características de esta acumulación de tópicos en torno a la maravilla y sus actualizaciones en el discurso medieval en general, no solamente el que se manifiesta a través del

código lingüístico sino también en cuanto a las manifestaciones en el código artístico. Es cierto que hay libros de viajes donde el discurso mantiene su característica referencial, mientras que lo analógico es empleado en sentido negativo. Se contrasta el sistema de referencias preestablecido, «las autoridades», con el sistema de referencias directo, con la realidad misma; el relato pierde en sus aspectos retóricos y gana en lo que podríamos llamar objetividad informativa. (Es el caso de los Itinerarios de Guillermo de Rubruck, Juan de Plancarpinus, incluso el de Marco Polo). Se trata, pues, de un discurso mixto, discurso en que interviene una serie de elementos de naturaleza no literaria pero que articulan el discurso como acto comunicativo. Se trata de las descripciones de espacios geográficos, realizadas directamente o por referencias de segundo grado, de las incursiones en la historia «remota» y las puestas al día de los datos de historia contemporánea; igualmente se trata de la frecuente consideración sobre las costumbres de todo tipo observadas en los pueblos visitados; prima evidentemente el acento antropológico no exento, eso sí, de cierta dosis de «fabuloso». Toda esta serie de cuadros, de secuencias, que de forma diferenciada aparece en los libros de viajes pone de relieve la función conativa del discurso, puesto que la intencionalidad del emisor manifestada de forma explícita es dar a conocer datos nuevos, informar y corregir en algunos casos la información anterior a él. Pero todas estas características en la forma en que aparecen: peregrinaciones, itinerarios o relatos encuentran una difícil acogida dentro del discurso literario y de hecho, en la mayoría de los casos, el tratamiento que se les ha dado ha sido de carácter interdisciplinar, incidiendo apenas en el dominio de la literatura. Los libros de viajes, por su discurso de índole informativa, han constituido un sistema de referencia para el investigador moderno en lo que concierne al mundo medieval en sus dimensiones de historia, geografía, antropología, lingüística... Si bien la función referencial queda totalmente relacionada con el discurso de los libros de viajes; si bien la función conativa se puede asimismo poner en evidencia, la función poética quizá sea más difícil de resaltar. El mensaje de los libros de viajes es un mensaje de tipo informativo; además, por mucho que queramos buscar intencionalidades estéticas, los emisores de la mayoría de estos discursos están lejos de pretender cumplir una función expresiva o emocional. Los monjes, los comerciantes, los conquistadores o simplemente los aventureros que dejaban constancia de su viaje, los que contaban sus hazañas perseguían fines religiosos, económicos o de expansión política. En cuanto a un mensaje codificado según las normas de la retórica, habrá que tener en cuenta en el caso de los monjes peregrinos su condición de *litterati* en sí y en cuanto al libro de Marco Polo, al discurso oral del propio viajero se le añade el arte de contador de historias de ficción, de Rustichello de Pisa. Si desprendemos los libros de viajes de lo que es el acto de comunicación en cuanto a su discurso, difícilmente les encontraremos un acomodo dentro de la literatura medieval. Pero igual de difícil acomodo tendrían las historias de santos, la llamada literatura hagiográfica, las historias y las crónicas; todos los subgéneros aglutinados bajo la cómoda etiqueta de literatura didáctica. En cambio, si consideramos el discurso de los libros de viajes en su aspecto pragmático, en lo que llamamos la teoría de la recepción, nos encontramos con una enorme aceptación y difusión de estos libros que se conocían en todo el mundo medieval. Incluso los escritos en latín se tradujeron al vulgar y se copiaron en un breve lapso de tiempo. Además en muchos casos se trata de manuscritos ricamente ornamentados, obras de arte en sí. Dentro del sistema cultural medieval el libro de viajes informaba y deleitaba, contaba co-

sas verdaderas y cosas maravillosas y se recibía como una fuente de verdades tanto en su aspecto realista informativo como en el maravilloso-imaginativo. Además, por las características de su discurso, en el desarrollo histórico del mismo, varios libros de viajes pasan a ser libros de referencia, a convertirse en modelos, en metadiscursos para los discursos desarrollados posteriormente.

En lo que se refiere al subgénero literatura de viajes, hubo intentos de establecer sus características y determinar en qué medida estos textos actuaban como un discurso literario. El intento de J. Richard, modélico para todos nosotros, abarca en un panorama maximal todas las posibilidades ofrecidas por los libros de viajes medievales, pero siempre desde la perspectiva de un historiador. En España Pérez Priego, en un artículo muy citado ya, fija las características del discurso de los libros de viajes desde el punto de vista de la retórica encontrando de esta manera una salida hacia el mundo de la literatura. El investigador español analiza una serie de elementos que en su opinión articulan el género, como: El itinerario, el orden cronológico, el orden espacial, los «mirabilia» y la forma de presentación del relato, aplicándolos fundamentalmente a los libros de viajes españoles. Su intento se ha enriquecido con las aportaciones de R. Beltrán, que para el caso de las *Andanzas* de Pero Tafur hace hincapié en las variedades del humor desplegado por el autor-personaje. Tenemos, pues, una configuración del discurso medieval en cuanto a su estructura, pero nos cabe la pregunta de si estas características son aplicables a todos los libros de viajes medievales, si los que no las cumplen quedan fuera del género; en fin, ¿qué ocurre con los falsos libros de viajes o con las crónicas que a la vez cuentan un viaje? Nos detendremos a analizar los libros de viajes del siglo XIII, libros del ámbito románico escritos inicialmente en latín, de autor conocido que tanto en original como en traducción al vulgar han gozado de una gran difusión y aceptación por parte del público medieval. Se trata del relato de Juan de Plancarpinus y del de Guillermo de Rubruck, relatos que, si es de aplicarles la lista de características apuntadas por Pérez Priego, se quedarían en entredicho en cuanto a su colocación dentro del género. En primer lugar, la estructura del libro de Plancarpinus indica que éste, mitad itinerario, mitad relato puramente informativo, es un discurso referencial y conativo. El itinerario, breve y sencillo, está escrito después de haberse realizado el viaje y, por lo tanto, no marca un orden cronológico estricto. Además, este relato nos ha sido transmitido casi íntegramente a través de la obra enciclopédica de Vincent de Beauvais que lo ha organizado, quizá, de manera diferente en función de las necesidades de tipo interno de una obra como el *Speculum*. Juan de Plancarpino pasa, en su camino, por pocas ciudades y, aunque conozca la regla de la «laudatio urbem», no puede ponerla en práctica. Su viaje se desarrolla más bien a través de grandes llanuras desérticas, y en cuanto a las «maravillas» consideradas en otros libros de viajes, como un núcleo narrativo, apenas tienen cabida en su relato o, mejor dicho, no aparecen en absoluto. El monje cuenta su viaje, el «Itinerarium», en primera persona, pero la descripción de las costumbres, ritos, vestimenta, forma de luchar de los tártaros, aunque mantiene la primera persona, nos aparece como una información impersonal. Por lo tanto el relato de Plancarpinus es un libro de viajes que se estructura apenas como tal, que responde principalmente como discurso informativo. Siendo el monje enviado directo del Papa, el mensaje que transmite es fundamentalmente político y todos los detalles descriptivos aportan información de tipo enciclopédico. La organización de su libro, del tipo relato mixto, de discurso directo e indirecto, obedece quizá a la forma en que se redactó. El monje

comenta que, al volver de su misión, los curiosos le asaltaban con preguntas haciéndole contar una y otra vez su viaje al país de los tártaros. Después los oyentes transcribían lo contado y, gracias al sistema de difusión medieval, muchas veces de «viva voce», sus hazañas perdían de su autenticidad y veracidad. Visto esto, él mismo decidió ponerlo en el papel para evitar un mal conocimiento de su aventura.

El discurso que nos propone Juan de Plancarpinus abarca, por un lado, el relato del viaje; por otro, una descripción y en cuanto a esta descripción, «del país de los tártaros», encontramos el uso de las autoridades en la estructura y el orden de sus partes. En el prólogo Juan de Plancarpinus explica las razones de su viaje y las dificultades con las que se tuvo que enfrentar: se trata evidentemente de un procedimiento retórico, puesto que el relato es posterior al viaje propiamente dicho. El franciscano confiesa sus temores que no eran pocos: «Y a pesar de que temiéramos ser asesinados por los tártaros o por individuos de otras naciones, o ser sometidos a un perpetuo cautiverio o ser afectados más allá de nuestras fuerzas por el hambre, la sed, el calor, los ultrajes y la fatiga, cosas, todas estas, que nos ocurrieron mucho más de lo que creíamos, [en este momento el fraile anticipa su relato haciendo cómplice al lector del desarrollo posterior de la historia] exceptuando la muerte y el cautiverio perpetuo» (T'Serstevens, *Los precursores de Marco Polo*, Orbis, Barcelona, 1986, p. 123). Juan de Plancarpinus, acostumbrado a tratar a las «autoridades», se siente él mismo «autoridad» en materia de tártaros y considera su relato como una guía para futuros viajeros. Insiste en la fidelidad guardada a la verdad (vista u oída), cerrando el prólogo con una especie de imprecación o llamada de atención al mal uso que se pudiera dar a su historia: «En efecto nada es más cruel que ver convertirse en infamia el bien que le ha sido hecho al prójimo» (*Ibid.*, p. 124). Para nosotros, lectores modernos, lo más interesante resulta el relato del itinerario, puesto que, a pesar de su brevedad, cumple, por una parte, algunas de las características antes mencionadas; por otra, posee su sello peculiar. El monje pasa por las tierras de los príncipes polacos y rusos; a éstos últimos les exhorta a que vuelvan al seno de la verdadera iglesia, y finalmente llega a Kiovia (el Kiev de hoy). Como decíamos antes, aunque menciona la ciudad como la «metrópoli de Rusia», no se detiene en ningún tipo de descripción sino más bien en contar los detalles concretos de la preparación propiamente dicha del viaje, puesto que más allá de Ucrania empezaban las tierras de los tártaros. Juan de Plancarpinus marca cronológicamente las etapas de su viaje, como es costumbre en la Edad Media, mediante el calendario litúrgico. Si bien no hay descripciones de espacios —principalmente ciudades—, se nos perfila la descripción de las gentes, descripción que con Guillermo de Rubruck se convertirá en un importante elemento literario. De momento hay sólo pinceladas, rasgos fugaces que caracterizan a las figuras más representativas que encuentra el viajero en su camino. Pero el mayor interés lo pone el autor en los detalles concretos relacionados con la comida, el alojamiento, los hábitos religiosos o el buen cumplimiento de la misión encomendada por el Papa. Pérez Priego considera la descripción de una ciudad como un punto importante en la organización del relato: «En el libro de viajes, en efecto, la ciudad se convierte en el índice de referencia esencial a través del cual progresa la descripción del itinerario. De esta manera, se van constituyendo los verdaderos núcleos narrativos en torno a los que se organiza el resto del relato, la relación del viaje. Hasta el extremo de que, cuando no existen ciudades en una etapa del itinerario que se sigue, se produce una brusca aceleración del tiempo de

la narración» (A. Pérez Priego, «Estudio literario de los libros de viajes medievales», en *Epos*, p. 226).

Pues bien, a falta de ciudades, Juan de Plancarpinus y otros viajeros que van hacia la tierra de los tártaros, describen el asentamiento de las hordas, contraponiendo la organización de los cabecillas a la magnificencia del Gran Khan. Desde luego la descripción corresponde a una experiencia personal, vivida, pero curiosamente el ritual de las ceremonias, como por ejemplo la presentación de los embajadores y de los regalos al Khan, se parece bastante a las fiestas similares de las cortes europeas: «Fue en este lugar donde fuimos llamados ante el Emperador y después que Chingay, primer escriba, hubo anotado nuestros nombres y los de aquellos que nos habían enviado, junto con los de los jefes de solanges y de otros pueblos, los llamó en voz alta anunciando cada uno de ellos al emperador y a los jefes reunidos allí. Una vez hecho esto cada uno de nosotros flexionó cuatro veces la rodilla izquierda y fuimos advertidos de no tocar el bajo de la puerta. Luego, cuando fuimos largamente requisados para ver si no llevábamos cuchillos, y no habiendo encontrado ninguno, franqueamos el umbral del lado del oriente, porque nadie, a no ser el emperador, osaría entrar por el lado de occidente...» (*Ibid.*, p. 134). Aunque de vez en cuando fray Juan describa ceremonias, regalos o costumbres de los tártaros, en realidad este tipo de discurso referencial y conativo, organizado según los esquemas de las enciclopedias, lo reserva para la parte más extensa de su relato, la parte en la cual apenas tiene una participación personal y que pretende ser el informe dirigido al Papa, informe que trata no tanto sobre el viaje sino más bien sobre la vida de los pueblos de Asia Central que había conocido directamente. El relato del itinerario contiene detalles que en la opinión de Pérez Priego faltan en los libros de viajes investigados por él. Lejos de ser «un simple espectador y anotador de los lugares y las cosas que observa», el monje franciscano cuenta sus vicisitudes, las fatigas, el hambre y la sed, sobre todo el hambre que tuvieron que pasar, dándonos de paso información de las costumbres alimenticias de sus huéspedes. A pesar de todos estos detalles, hoy en día es difícil encontrar rasgos de literariedad en este tipo de relatos; pero como ya lo hemos comentado en un trabajo anterior, el investigador de la literatura medieval debe tener en cuenta más bien la mentalidad del público al cual iba dirigido el mensaje y no tanto su propia lectura moderna. Al investigar el discurso de tipo enciclopédico de Plancarpinus: *de la situación del país de los tártaros, de la calidad del suelo y de su clima*, nos esperamos la información objetiva, la que apartaría por completo este tipo de discurso de nuestras miras. Es cierto que hay muchos capítulos puramente científicos, pero hay otros en que interviene de nuevo la voz del monje, convertido en comentarista, a la manera de un cronista, de ciertos acontecimientos o datos. Es frecuente una intervención de este tipo: «Sin embargo, cuando todavía estábamos en el país, ocurrió que Andreas, duque de Chernoeoglovo, que está en Rusia...» (*Los precursores...*, p. 144). La historia que cuenta, bastante sorprendente y cruel, podría ser corroborada solamente a través de alguna crónica rusa de los comienzos, pero da testimonio de la forma en que los tártaros trataban a los príncipes cristianos. En otro apartado de la descripción del país de los tártaros fray Juan abandona la objetividad y en cierto modo el discurso confeccionado de secuencias repetitivas (a pesar de ser fruto de una experiencia personal) y cuenta una de las historias más fascinantes de la Edad Media, la historia del Preste Juan. Es evidente que para Plancarpinus el Preste Juan no es el jefe poderoso de las tierras encantadas de Oriente sino un cabecilla nestoriano envuelto en toda clase de

batallas y rencillas con los pueblos de Asia Central y emparentado con los mismos tártaros. La descripción de una batalla emprendida por el «fabuloso» emperador, mezcla de elementos retóricos —descripción tópica de batallas— con el interés de contar las últimas noticias referentes al Preste Juan: «dicho ejército fue también contra los cristianos que estaban en la India Mayor, habiéndose enterado de ello el rey de este país que es llamado corrientemente el preste Juan, fue contra ellos con un ejército poderoso. Mandó construir unas figuras de hombre en bronce que colocaron en la montura de los caballos con fuego dentro, e hizo montar, detrás de las figuras de bronce, a los hombres armados de sopletes; y con muchas figuras y caballos preparados de esta forma para avanzar contra los tártaros.

»Cuando llegaron al lugar del combate, hicieron avanzar a dichos caballos en filas muy apretadas. Muy pronto, los hombres que estaban detrás echaron algo en el fuego y manejaron violentamente los sopletes, de forma que surgió lo mismo que en el fuego griego quema a los hombres y caballos y el aire se ennegreció a causa del humo. Entonces lanzaron flechas contra los tártaros, y una gran confusión, los expulsaron de su territorio y jamás hemos oído decir que volverán a este país» (*Los precursores...*, p. 153). Como complemento a los comentarios realistas, hay notas referentes a las maravillas, pero no exactamente las de Oriente. Acerca de este aspecto anunciamos aquí nuestro próximo trabajo sobre: *Viajes reales e imaginarios: las maravillas de Oriente*.

Como decíamos antes al analizar el itinerario propiamente dicho, Juan de Plancarpinus no se detiene en la descripción de las ciudades por donde había pasado o sencillamente no encuentra ciudades dignas de admiración al uso de la retórica. Así pues, llegando a Kiovia no se para en describirla; sin embargo, en un capítulo de su «Descripción», en que habla «del Poder del emperador y de los príncipes», al comentar el avance de los tártaros encontramos la razón de estas «ausencias retóricas»: «Sitiaron Kiovia que era la metrópoli de Rusia y tras haberla sitiado durante largo tiempo, la tomaron y asesinaron a sus habitantes: de esta forma que, cuando nosotros atravesamos la región, hallamos muchos cráneos y osamenta desparramados por el campo. En efecto, era una ciudad muy grande y muy poblada, de la que en la actualidad no queda casi nada. Apenas se ven doscientas casas, y su población quedó sometida a una gran esclavitud». (*Los precursores...*, p. 158). Una parte importante de la «Descripción» de Plancarpinus es la que versa sobre detalles prácticos acerca de los proyectos de los tártaros, de su astucia, de la forma en que se deben defender las fortalezas en contra de ellos. Se trata de unos capítulos meramente referenciales, de tipo político-militar y estratégico que cumplen a la perfección la misión que el Papa le había encomendado, la de presentar un informe orientativo acerca del poder de los tártaros. Como remate a este informe final el fraile coloca el capítulo «De los testigos que encontramos en el país de los tártaros», capítulo de gran valor histórico, ya que en él nombra una serie de personajes que llegaron a conocerle y podrían dar fe de su viaje y de la veracidad espacio-cronológica del mismo. Entre los testigos figuran, en primer lugar, los príncipes y nobles rusos, toda la ciudad de Kiovia que les vio partir y regresar y finalmente una serie de mercaderes encontrados por el camino. (Se observa el orden de citación de los testigos en función de la importancia de los estamentos). Juan de Plancarpinus termina su libro pidiendo: «Rogamos a todos los que lean este libro que no mutilen ni añadan nada en él porque hemos escrito con la mayor veracidad...» (*Ibid.*, p. 175). Explica su ruego, puesto que el relato de su viaje circuló oralmente por todas las partes de Europa reco-

rridas en el camino de vuelta (Polonia, Bohemia, Alemania, Lieja y Champaña) lo que obligó al fraile a *escribirlo* y otorga a la versión escrita el valor del documento.

Casi contemporáneo a Juan de Plancarpinus, Guillermo de Rubruck, monje de origen flamenco, al parecer afincado en la corte del Rey Santo, recibe de éste la misión de llegar a la corte del Gran Khan y entregarle unas cartas de amistad. El mundo cristiano, enterado del gran poderío tártaro y temeroso de nuevas incursiones, intentaba asegurarse un aliado en contra del enemigo común: los sarracenos. Si de paso fray Guillermo conseguía llevar a cabo alguna que otra conversión, tanto mejor. Así pues, tenemos otro itinerario de un viaje al país de los tártaros, a primera vista parecido al anterior, aunque en realidad, distinto y bastante más original. En primer lugar se trata de un verdadero libro de viajes, un itinerario bien configurado tanto desde el punto de vista espacial como desde el temporal. Conocemos la fecha de partida (siete de mayo de 1253) y la de regreso (6 de junio de 1255) y tanto por el propio viajero como por sus contemporáneos que consignan su viaje como una aventura importante y extraordinaria, sabemos que partió ya en tierras de Oriente (Acre) y volvió a la misma ciudad de donde, entendemos, dirige su escrito al rey Luis. A fray Guillermo las maravillas de Oriente no le embelesaban demasiado. Parece conocer Tierra Santa y sus caminos y, por lo tanto, procederá con cautela en cuanto al capítulo de «mirabilia». Su relato, aparentemente cercano a un diario retrospectivo, es en nuestra opinión, una verdadera narración, donde si bien los recursos retóricos son escasos, hay otros rasgos que le confieren un lugar importante entre los libros de viajes medievales. A diferencia de Juan de Plancarpinus, en fray Guillermo las anécdotas del viaje, sus impresiones personales, los datos de tipo informativo (histórico-geográfico, antropológico o militar) y los elementos «literarios» van unidos en la misma narración, muy parecida, por lo tanto, al reportaje moderno. Puesto que no vamos a encontrar en este relato descripciones de ciudades, intentaremos resaltar el valor del texto destacando los comentarios de tipo personal, el relato autobiográfico que se puede entresacar de la historia general del viaje. El uso de la primera persona es constante; no se trata de una primera persona lejana, escueta, como en el caso de Plancarpinus, que de alguna manera, y quizá, por razones religiosas no quería afirmar su papel. Fray Guillermo posee una fuerte personalidad y la pone de manifiesto siempre que tiene la ocasión. Es curioso seguir el desarrollo del relato, destacar la simultaneidad del tiempo en su transcurso cronológico y la reflexión posterior del monje acerca de los acontecimientos, casi siempre desde una postura irónica. Se trata de una forma de crear complicidad en el lector, a base de continuos guiños. Por ejemplo: «El obispo de esta iglesia [en la ciudad de Soldanya], había estado con Sartach y me habló muy bien de él, lo que no he comprobado más adelante» (*Los precursores...* p. 191). En general fray Guillermo tiene que ajustar cuentas continuamente con los mercaderes cuyos consejos acepta a regañadientes para confesar después al lector que casi siempre habían sido malos consejos. A falta de ciudades, puesto que la zona que recorre estaba apenas poblada, describe lo que ve, y algunas veces las descripciones de paisajes, a pesar de no obedecer a las reglas de las retóricas, son sugerentes, sorprendentes y únicas: «En este mar hay unos altos promontorios entre Kersona y la desembocadura del Tanaís y cuarenta plazas fuertes entre Kersona y Soldaya, cada una de las cuales tiene su propio idioma, encontrándose en ambas muchos godos cuyo idioma es el teutónico. Después de esta montaña hacia el norte, en la llanura, se halla un hermoso bosque lleno de manantiales y riachuelos, y después de este bosque existe una gran

llanura que se tarda cinco días en atravesar para llegar, en dirección norte, a la extremidad de la provincia, donde se estrecha ya que tiene el mar por Oriente y Occidente, de forma que es como un gran abismo entre uno y otro mar». (*Ibid.* p. 192) A fray Guillermo las ciudades importantes como Constantinopla ya no le producen una impresión digna de consignar; en cambio, la naturaleza áspera, desnuda, salvaje, le impresiona de alguna manera. Además el monje viajero marca por escrito con claridad los confines de la civilización y su sensación al abandonarla para adentrarse en un mundo desconocido y peligroso: «Tras haber salido de Soldaya, después de tres días, encontramos a los tártaros, y al entrar en su casa tuve la clara impresión de que entraba en otro mundo» (*Ibid.* p. 191). Una vez llegado a las tierras de los tártaros el fraile anuncia su intención de proporcionar información acerca de la vida y las costumbres de éstos, manteniendo pues, una estructura parecida a la del libro de Juan de Plancarpinus. Y de hecho, se nos cuenta la forma de construir las casas o tiendas, las bebidas y comidas y la preparación del famoso cosmos o leche de yegua agria; se nos habla también de cómo visten, de sus ocupaciones, bodas y funerales. Guillermo de Rubruck considera necesaria esta introducción informativa para que el lector, una vez advertido de la forma de vivir de los tártaros, en sus aspectos más significativos, pueda participar en el viaje junto con el autor del itinerario. Más que un discurso de tipo referencial conativo, esta incursión científica, tal y como se presenta con respecto a la organización global del itinerario, parece un artificio, un recurso, si no retórico en el sentido de la retórica clásica y medieval, sí un recurso dentro de lo que se perfila como la retórica específica de un libro de viajes. Juan de Plancarpinus separaba claramente la información científica de la experiencia suya personal como viajero, mientras que Guillermo de Rubruck inserta lo «científico» dentro de la narración del itinerario, de la aventura de descubrimiento que supone el viaje, utilizando un discurso no literario a guisa de prólogo para la mejor comprensión y para la entera participación del lector en su aventura. Aunque con ciertas reservas le podríamos atribuir al monje flamenco rasgos que acercan su relato de viaje al reportaje moderno, mezcla también de lo personal subjetivo con la objetividad relativa a la información que proporciona al lector. Ahora bien, incluso en esta especie de discurso informativo introductorio podemos encontrar elementos de la fuerte personalidad de Guillermo de Rubruck como observador y narrador de diversos aspectos de la vida de los tártaros. Así pues, al describir el tocado de las mujeres, aparte de darnos una serie de detalles, procura comparar a las damas ataviadas de esta manera con algún elemento conocido por su destinatario. Nos sugiere el siguiente cuadro: «De manera que, cuando se ve de lejos a varias de estas damas cabalgando juntas, se dirían guerreros con cascos en las cabezas y lanzas en ristre ya que la bocca «el tocado» se parece a un casco y el penacho a una lanza». (*Ibid.*, p. 1990). Habrá que añadir que fray Guillermo aporta muchos datos en cuanto a la forma de alimentarse de los tártaros ricos y pobres; el hambre es una obsesión entre los viajeros por las estepas de Asia y por lo que cuenta con humor y no en pocas ocasiones con ironía, el monje debió de entender bastante de las cosas del biencomer y beber. Así pues, sufre en todo el viaje el acoso codicioso de regalos por parte de los tártaros de mayor o menor rango. Tiene que explicar multitud de veces que pertenece a una orden religiosa que practica y predica la pobreza; tiene que aguantar a los intérpretes que apenas podían traducir sus palabras, o si lo hacían, era de una manera muy poco fiable. Por ejemplo: «Mi intérprete me decía “No me hagáis predicar, pues soy incapaz de

traducir palabras de este estilo” y decía verdad pues más tarde cuando empecé a comprender un poco su lengua, me dí cuenta de que cuando decía algo, decía completamente otra cosa según lo que pasaba por la cabeza. Viendo entonces el peligro que suponía hablar a través suyo, prefería callarme» (*Ibid.* p. 208). En otra ocasión, en la tierra de los iugures, fray Guillermo entabla una disputa teológica con los sacerdotes de aquel pueblo. Al cabo de un rato de traducir conceptos que no entendía, el intérprete del monje se rebela: «Entonces, como fuera que quería discutir un poco más con ellos, mi intérprete, cansado, no queriendo traducir más mis palabras, me mandó callar» (p. 227). El autor, aparte de las preocupaciones constantes por la comida, cuenta en las etapas de su viaje, los acontecimientos más importantes o retoma leyendas e historias relacionadas con algún que otro príncipe del lugar, como ocurre con el «famoso» Preste Juan. Fray Guillermo conocía, sin lugar a dudas, la carta de este príncipe oriental, pero por lo que se ve, está poco dispuesto a equiparar la ruda realidad con que se topa, con la magnificencia del mito. Cuenta que se trata, por lo que él conoce *in situ*, de un príncipe nestoriano cuya leyenda ha circulado de una forma desmesurada por la mala costumbre de los nestorianos de exagerarlo todo: «Habiendo muerto Concham, este nestoriano se hizo rey, y, entonces los nestorianos le llamaban el rey Juan, y explicaban a su respecto más del décuplo de la verdad. En efecto los nestorianos que llegan de estas regiones actúan de esta forma, por nada hacen gran ruido» (p. 214). Aparte de las incursiones breves en la historia y costumbres de los pueblos que recorre y conoce, Guillermo de Rubruck describe paisajes, casi siempre desoladores, y, algunas veces, animales, desde luego no de la misma manera que en los bestiarios medievales, sino de una forma totalmente realista, y con un guiño cómplice al lector. En la tierra del Tangut conoce un animal que presenta como muy parecido al buey o al búfalo, pero después de contarnos como es, de repente apunta: «La vaca no se deja ordeñar si no se le canta», afirmación que habrá provocado la sonrisa escéptica de más de un lector. También en relación con las gentes de aquellas tierras («los mucs») cuenta que tienen ciudades pero no tienen ningún animal en propiedad personal: «Hay sin embargo en su país grandes rebaños de animales que nadie guarda; pero cuando alguien necesita alguno, sube a una colina y grita y entonces todos los animales, al oír su grito, acuden a su alrededor y se dejan prender como animales domésticos». (p. 229). Casi un siglo más tarde fray Odorico cuenta algo parecido sobre unas perdices que acompañan a un ser extraño. Quizás el origen de la historia del fraile de Pordenone se encuentre en el mismo relato de fray Guillermo. Una vez llegado a la corte del Gran Khan, Mangu, la historia se diversifica, puesto que se nos describen instalaciones y artefactos de guerra; aparece una multitud de personajes, destacando los nestorianos y los armenios, a los cuales el monje flamenco sigue por necesidad, pero desprecia por sus malas costumbres de pedir dinero o regalos a cambio de los servicios religiosos. También habla con poca comprensión acerca de la vida licenciosa y de las borracheras de éstos. Nos cuenta cómo estaba organizada la corte, cómo se produjo la curación de una dama por medio del agua bendita, la raíz de ruibarbo y una pequeña cruz detectora de males; cuenta asimismo cómo era la vida y el tratamiento otorgado a los embajadores, cómo se desarrollaban las audiencias, sus dificultades para poderse entender con los tártaros, dificultades acrecentadas por la mala voluntad y la continua borrachera de su intérprete. Fray Guillermo se pone en contacto con algunos occidentales, cristianos católicos, algunos de ellos franceses, artesanos asentados en la corte que le ayudan a enten-

derse mejor con los ídólatras y sobre todo le ayudan a sobrevivir a las inclemencias del frío y el hambre. Los dos monjes franciscanos, el autor del relato y su acompañante, se convierten en habituales de la corte tártara y fray Guillermo organiza su itinerario en este punto como una narración de su vida en aquel ambiente tan distinto al del mundo occidental. Su personalidad como ser humano y como narrador se pone de manifiesto a cada paso y, teniendo en cuenta que el libro ha sido escrito a su vuelta al «mundo de la civilización», podemos incluso pensar en una mezcla de elementos reales, vividos y elementos verosímiles que adornan simplemente el relato. Hay una multitud de anécdotas, situaciones trágicas como la del acompañante, pálido, delgado, metido en una enorme pelliza, que tropieza en el umbral de la mismísima casa del Khan, hecho por el cual le condenaran a muerte si no fuera por el truco ingeniado por el propio fray Guillermo: «Entonces nos devolvieron nuestro compañero, y el monje le reprochó con mucha dureza por haber tocado el umbral de la puerta. Al día siguiente vino Bugai, que era el juez, e inquirió con sumo cuidado si alguien nos había advertido de tener cuidado en no tocar el umbral de la puerta. Yo le respondía: «Señor, nuestro intérprete no estaba con nosotros. ¿cómo hubiésemos podido comprenderlo?» Entonces le perdonó. Jamás en lo sucesivo, le fue permitido entrar en la casa del Khan» (p. 248). Asimismo nos encontramos con situaciones pintorescas surgidas de la mala convivencia en la corte, de nestorianos, armenios y católicos, todos disputándose el honor del intento de conversión del Khan y su séquito, y situaciones completamente humorísticas como la disputa teológica que organiza Mangu. Si bien los personajes principales, es decir, los grandes jefes tártaros, están identificados históricamente, ningún otro personaje de entre todos los que rodean a fray Guillermo, pertenece con certeza a la realidad histórica. Nos encontramos, pues, con un relato de viajes que, por sus características, en un momento determinado, supera los límites del género y se encamina hacia la reconstrucción de un mundo, intento que prefigura, a través de la crónica, la novela histórica. El discurso del itinerario del monje flamenco se nos presenta como un discurso complejo, que ofrece al lector, más allá de un mensaje informativo inicial, constituido con elementos de tipo referencial conativo, evidentes rasgos de literariedad. Ya hemos visto que una de las dificultades del investigador, a la hora de abordar el género, consiste en la marginación de éste género dentro de la literatura, su marcado carácter de discurso fronterizo. Para los libros de viajes medievales se plantea también el problema del autor medieval, que como tal no tenía la conciencia de la creación relacionada con el concepto de originalidad. Las obras de ficción, plena y enteramente de ficción, apenas existen en la Edad Media, con la excepción quizá de las llamadas de la «materia de Bretaña». En los libros de viajes existe y se puede detectar desde el primer momento un autor narrador y un narratario, y se perfilan en todo momento como relatos de tipo autobiográfico. En el caso de Juan de Plancarpinus echábamos de menos precisamente el detalle anecdótico, la historia personal que individualizara su itinerario, mientras que el relato de fray Guillermo presenta, ya lo hemos dicho, un fuerte y marcado acento personal. Todo lo que ocurre gira alrededor del autor, que se convierte en el personaje principal del relato. Sin dejar de cumplir con su función informativa, la narración destaca por una serie de elementos que la convierten en única dentro de su género. En primer lugar, advertimos la capacidad del autor de contrastar la información recogida *in situ* con las opiniones autorizadas, llegando incluso a matizar, si no contradecir, a San Isidoro. Destacamos igualmente la atención que pone en su lector, puesto que utiliza

una serie de recursos como el humor y la ironía. «El día de Pentecostés vino a ver-nos un sarraceno, al igual cuando empezó a hablar con nosotros, comenzamos a exponerle nuestra fe; el cual oyendo qué beneficio de Dios representaba para el género humano la Encarnación y la resurrección de los muertos y el juicio final, y que la absolución de los pecados estaba en el bautismo, saltó de repente sobre su caballo diciendo que regresaba a su casa para pedir consejo a su mujer. Habiendo regresado el día siguiente para hablar con nosotros, nos dijo que bajo ningún concepto podía recibir el bautismo porque eso le impediría poder beber más cos-mos» (p. 206). Algunas veces deja a medias la descripción de situaciones cuya re-solución no se presenta en el acto sino bastante más tarde, en el transcurso del iti-nerario. Se trata de los pasajes en que el monje, en lugar de aclarar las cosas, indi-ca sólo que aquello se contará a la vuelta; por lo tanto está jugando con el espacio y con el tiempo reales, proyectándolos hacia unas coordenadas puramente litera-rias. Procura describir la naturaleza que le rodea comparando casi siempre la lla-nura, la inmensidad de la estepa, con el mar: «vasto desierto que es como el mar» (p. 222) o «entramos en una llanura grande como el mar» (p. 233) y en un mo-mento determinado llega a traspasar la tenue barrera entre lo real y lo maravillo-so, al contarnos las peripecias del paso de un desfiladero: «La noche del segundo domingo de Adviento, pasamos por un lugar entre unas rocas impresionantes, y nuestro guía me pidió pronunciara unas palabras santas para ahuyentar a los demonios, porque en este desfiladero los demonios tenían la costumbre de raptar súbitamente a los hombres, sin que se supiera cómo había ocurrido. Lo mismo se apoderaba de un caballo, dejando al caballero, que arrancaba las vísceras del hombre, dejando su cuerpo puesto sobre el caballo, y muchas otras cosas horri-bles se producían con bastante frecuencia. Entonces entonamos en voz alta el *Credo in unum Deum*, y pasamos sanos y salvos, por la gracia de Dios y con toda la compañía» (p. 232). No sabemos si fray Guillermo tenía noticias de fenómenos parecidos que se daban mayormente en los desiertos, y que años más tarde encon-tráremos en el libro de Marco Polo, al referirse éste al desierto de Lop. Si se trata de una experiencia personal o de una alusión libresca, eso es difícil de precisar. Sea como fuere, el autor hace partícipe al lector de su aventura. Al llegar a la corte de Gran Khan, Guillermo de Rubruck impresionado, describe en primer lugar la organización de la *Orda*, y ya en Karakorum, describe el palacio de Mangu y el ar-tilugio maravilloso construido por el artesano francés Guillermo: «Mangu tiene en Karakorum, adosados a las murallas de la ciudad una gran corte cerrada por un muro de ladrillos, al igual que en nuestro país está cerrado el priorato de los monjes. Hay allí un gran palacio, donde, dos veces al años se celebra una reunión de bebedores, una vez por Pascua, y otra en verano, cuando regresa. Esta última es más interesante porque se reúnen en la corte todos los nobles que están en ca-mino, a dos meses de allí, o donde estén: y entonces les distribuye trajes y regalos demostrando así su grandeza y su gloria. Hay allí varias casas grandes como granjas, en las cuales están almacenados sus víveres y sus tesoros. En la entrada de este gran palacio, ya que es inadecuado introducir pellejos con leche y con otras bebidas, el maestro Guillermo, el parisiense, confeccionó un gran árbol de plata, al pie del cual hay cuatro leones de plata, con un tubo cada uno en la boca y arrojando todos leche blanca de yegua. En el interior del árbol cuatro conductos van hasta su copa, desde donde (las bebidas) se vierten hacia la parte baja a través de la (garganta) de serpientes doradas, cuyas colas se enroscan al tronco del árbol. Y uno de estos conductos vierte vino, al otro «caracosmos», que es leche de yegua

depurada; otro «boal», que es una bebida de miel, y otro cerveza de arroz llamada «terraccina»: y para cada clase de bebida hay instalado al pie del árbol un pilón de fuente, de plata, para recoger lo que se derrama de cada uno de los cuatro conductos. En la copa del árbol, el maestro ha labrado un ángel que sostiene una trompeta, y bajo el árbol ha construido una cava donde puede esconderse un hombre. Y asciende un tubo por el centro del tronco del árbol, hasta el ángel. Primero, el maestro había montado unos fuelles, pero no daban bastante viento. Fuera del palacio existe una cava donde están almacenadas las bebidas y donde permanecen los empleados para distribuirlas en cuanto oyen que el ángel hace sonar la trompeta. Y las ramas del árbol, tanto como sus hojas y sus frutas, son de plata. Por lo tanto, cuando el copero mayor necesita bebida, le grita al ángel que toque la trompeta; oído lo cual, el que está escondido en la cava, sopla fuerte por el tubo que va hasta el ángel, y éste se pone la trompeta en la boca y la hace sonar fuertemente» (p. 255). Pero aparte de todos estos elementos, lo que más sorprende es la ligereza de su pluma al retratar los personajes que se le cruzan en el camino, llegando incluso hasta el autorretrato irónico: «Estábamos allí: los pies desnudos, con el hábito de nuestra Orden, las cabezas descubiertas, y de esta guisa éramos un gran espectáculo a nuestros propios ojos. En efecto, Fray Juan de Policarpo había estado allí, pero había cambiado de hábito para no ser insultado, porque era embajador del Señor Papa» (p. 218). Más adelante, en la corte de Mangu se repite la misma escena: los monjes pretenden presentarse descalzos ante el Khan, lo que provoca el asombro y la hilaridad de los tártaros: «la gente nos rodeaba y consideraba como si fuéramos unos monstruos» (p. 235).

Aparte de estos apuntes concernientes a la impresión que causaba la aparición de los franciscanos entre los infieles, fray Guillermo está comparando, siempre que se tercia, a los que conoce en su viaje, con personajes conocidos y fácilmente identificables del «mundo civilizado». He aquí la impresión que le causa Batu: «Cerca de la entrada de la tienda había un banco con cosmos y grandes copas de oro y de plata adornadas con piedras preciosas. Batu nos miró con atención y nosotros a él, y me pareció que tenía la misma estatura que el señor Juan de Beaumont, que en paz descansa. Su cara aparecía cubierta de manchas de color de vino» (p. 218). Si bien es cierto que el relato de Guillermo de Rubruck estaba dirigido al Rey Santo y, por lo tanto, la información que presentaba tenía que ser sumamente veraz, hay momentos en que el autor se deja llevar por su espíritu malicioso y por el pequeño placer que le proporciona el pintar cuadros grotescos, como el de Sacatay: «Estaba sentado sobre su lecho con un laúd entre las manos y con su mujer a su lado, a la cual, en verdad, creí que le habían cortado la nariz, ya que parecía un mono, pues puede decirse que no tenía nariz, pero se había untado con un unguento negro, así como también las cejas, lo que resultaba horrible a nosotros» (p. 204).

Gracias a las múltiples facetas que presenta el Itinerario de Guillermo de Rubruck, como libro de viajes, tenemos entre manos la muestra de un discurso medieval, que si bien mantiene las características iniciales en cuanto a los aspectos referencial y conativo, también ocupa su lugar en cuanto a sus aspectos puramente literarios. A lo largo de nuestro trabajo hemos intentado poner de relieve la capacidad del autor de manejar una serie de recursos narrativos que, dentro de la categoría «libros de viajes a la tierra de los tártaros», lo convierten en un texto original y único. Y por si fueran pocos nuestros argumentos en favor de la habilidad de narrador desplegada conscientemente por fray Guillermo, existen otros ele-

mentos importantes a tener en cuenta. Se trata de destacar la composición del relato, siguiendo esta vez las pautas de Nikolai Trubetzkoi en su análisis de «Viaje más allá de los tres mares. Afanasi Nikitin». El gran lingüista ruso se plantea el mismo problema que nos interesa a nosotros: dónde reside el carácter literario de un libro de viajes, y destaca importantes aspectos formales a favor de su teoría. Siguiendo su investigación, encontramos el relato de Guillermo de Rubruck articulado, a primera vista, de manera parecida al relato ruso, lo que podría indicar cierto modelo del género: Tanto el monje flamenco, como el comerciante Nikitin cuentan su aventura-viaje alternando las partes dinámico-narrativas que representan la historia misma de las vicisitudes del viajero, con las de tipo descriptivo-estático que se refieren a elementos concretos, no necesariamente relacionados con la aventura personal, elementos que se organizan en cuadros intercambiables, algunas veces, de un libro de viajes a otro, exento por lo tanto de la marca original del autor. Trubetzkoi menciona también ciertos elementos de relación y destaca el valor literario, en el caso del viaje ruso, de las plegarias inicial y final. Ateniéndonos a las líneas trazadas por el formalista ruso, consideramos que el texto escrito a petición del Rey Luis, nos revela una estructura más compleja, puesto que no existe la separación tan tajante entre las secuencias de tipo dinámico-narrativo y las de tipo descriptivo-estático, separación que en cambio se ve con toda claridad en el relato de Juan de Plancarpinus. El monje flamenco realiza su misión y cuenta, como la mayoría de los viajeros su viaje a posteriori, dándonos sin embargo la impresión de una narración en que el tiempo del relato se podría simultanear con el tiempo de la lectura. Más que describirnos lo que ve, recrea un mundo extraño, áspero y maravilloso haciendo partícipe a su rey e implícitamente a cualquier lector, de su peligrosa aventura. A pesar de no ser una obra de ficción, por todas sus características, se lee hoy en día con más interés quizá que la narrativa medieval articulada en un discurso específico lejano, y algunas veces difícil de descifrar para el lector moderno.